

**Il Mulino - Rivisteweb**

**Riccardo Guastini**

## **Teoría del significado y teoría de la interpretación**

(doi: 10.1436/27968)

Materiales para una historia de la cultura jurídica (ISSN 1120-9607) Número 2,  
diciembre de 2008

**Entidad de afiliación:**

*Università di Bologna (unibo)*

Copyright© by Società editrice il Mulino, Bologna. Todos los derechos reservados. Para más información, véase <https://www.rivisteweb.it>

**Licencia de uso**

El artículo se pone a disposición del usuario bajo licencia para uso exclusivamente privado y personal, sin ánimo de lucro y sin fines directa o indirectamente comerciales. Salvo en los casos expresamente previstos en la licencia Rivisteweb, el usuario no podrá reproducir, transmitir, distribuir o utilizar de cualquier otra forma el artículo para cualquier fin o propósito. Todos los derechos están reservados.

# TEORÍA DEL SIGNIFICADO Y TEORÍA DE LA INTERPRETACIÓN

por Riccardo Guastini

1. Gran parte de la literatura contemporánea sobre el tema de la interpretación jurídica parece obsesionada con el problema de determinar qué interpretación es *correcta*<sup>1</sup>, *aceptable*<sup>2</sup>, o incluso *verdadera*<sup>3</sup>.

2. Qué interpretación es correcta o aceptable es, por supuesto, un problema normativo, ya que las palabras "correcta" y "aceptable" tienen un evidente componente valorativo. Establecer los criterios de corrección o aceptabilidad de la interpretación no puede tener otra finalidad que orientar *ex ante* la actividad interpretativa de jueces y juristas y/o criticarla *ex post*.

Lo cual es ciertamente encomiable. Pero, si por teoría de la interpretación entendemos -como la palabra "teoría" quiere sugerir- un discurso puramente analítico y descriptivo en torno a la interpretación,

*Federico Arena leyó una primera versión de esta obra: sus comentarios me ayudaron a corregir un grave error y a mejorar el texto (al menos eso espero) en un punto crucial.*

<sup>1</sup>Se pueden mencionar en este sentido todas aquellas teorías según las cuales la interpretación *no es una actividad discrecional* (salvo en casos marginales). Sólo mencionaré algunos ejemplos *significativos*: H.L.A. Hart, *Essays in Jurisprudence and Philosophy*, Oxford, Clarendon, 1983, spec.

pp. 123 y ss.; G.R. Carrió, *Notas sobre derecho y lenguaje*, rist. de 4ª ed., Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1994, espec. segunda parte; E. Bulygin, *Norme, validità, sistemi normativi*, Torino, Giappichelli, 1995, pp. Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1994, espec. segunda parte; E. Bulygin, *Norme, validità, sistemi normativi*, Torino, Giappichelli, 1995, pp. 247 ss.; J.J. Moreso, *La indeterminación del derecho y la interpretación constitucional*, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 1997, pp. 183 ss.; E. Diciotti, *L'ambigua alternativa tra cognitismo e scepicismo interpretativo*, Universidad de Siena, Departamento de Ciencias Históricas, Jurídicas, Políticas y Sociales, Documento de trabajo 45, 2003. Con cierta cautela, también se podría añadir R. Dworkin, *A Matter of Principle*, Cambridge (Mass.)-London, Harvard U. P., 1975, especialmente la segunda parte.

<sup>2</sup>Así, por ejemplo, A. Aarnio, *The Rational as Reasonable. A Treatise on Legal Justification*, Dordrecht, Reidel, 1987, cap. IV; pero también F. Denozza, *La struttura dell'interpretazione*, en "Rivista trimestrale di diritto e procedura civile", 1995, esp. p. 58 (en nota a pie de página).

<sup>3</sup>La tesis de que la interpretación puede ser verdadera o falsa rara vez se defiende expresamente, sino que suele sugerirse o presuponerse tácitamente. Una notable excepción es R. Hernández Marín, *Interpretación, subsunción y aplicación del derecho*, Marcial Pons, Madrid-Barcelona, 1999, quien precisamente sostiene que los enunciados interpretativos tienen valores de verdad.

MATERIALES PARA UNA HISTORIA DE LA CULTURA JURÍDICA

a. XXXVIII, n° 2, diciembre de 2008

es bastante evidente que los problemas normativos, por apasionantes que sean, están fuera de su dominio, están destinados a otros ámbitos disciplinarios (típicamente, por ejemplo, el género literario "nota al fallo"). No insistiré más en este punto, que considero evidente.

3. Qué interpretación es verdadera, en c a m b i o , *aparece* (*aparece*, como ahora veremos) como un problema genuinamente teórico. El cual, además, presupone evidentemente que los enunciados interpretativos están dotados de valores de verdad, de modo que se puede "discriminar entre una interpretación verdadera y una interpretación falsa, es decir, entre una interpretación que preludia una aplicación de la regla y una interpretación falaz que preludia en cambio una inaplicación"<sup>4</sup>. Evidentemente, si estuviéramos de acuerdo en que, por el contrario, puede decirse que los enunciados interpretativos no son ni verdaderos ni falsos, esta cuestión perdería su sentido.

Ahora bien, que los enunciados interpretativos tengan valores de verdad es, para cualquiera que esté familiarizado con la práctica doctrinal y jurisprudencial, una tesis francamente contraintuitiva y quizá poco interesante.

La tesis es contraintuitiva habida cuenta de la variedad de interpretaciones a que de hecho está sujeto cada texto normativo: por juristas de distintas escuelas, jueces y/o funcionarios administrativos de distintas orientaciones, etc. Es un hecho indiscutible que "un enunciado preceptivo, contenido en un documento, suele tolerar (no sólo una, sino) un cierto número de interpretaciones"<sup>5</sup>, que son variables dependientes de los diversos "métodos" interpretativos comúnmente aceptados, de las tesis dogmáticas (contrapuestas) elaboradas por las diversas doctrinas y - naturalmente- de los juicios de valor (o más sencillamente de los sentimientos de justicia no expresados) de los intérpretes.

Cabe señalar que si los enunciados interpretativos tuvieran valores de verdad, dada una pluralidad de enunciados interpretativos diferentes (referidos, por supuesto, al mismo texto legal), sólo uno de ellos sería verdadero, mientras que todos los demás serían fatalmente falsos <sup>6</sup>. (6) Así, la práctica de la interpretación - que no es obra de pobres desinformados, sino de juristas y jueces competentes- daría lugar a un sinfín de enunciados interpretativos falsos. ¿No sería extraño?

<sup>(4)</sup> G. Tarello, *Derecho, usos enunciados. Studi di teoria e metateoria del diritto*, Bolonia, Il Mulino, 1974, p. 393.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 395.

<sup>6</sup> Véase E. Diciotti, *L'ambigua alternativa tra cognitivismo e scerpismo interpretativo*, cit., p. 5.

La tesis carece entonces de interés por dos razones. Por un lado, no se ve la necesidad teórica (aunque sí la conveniencia retórica) de apelar a la verdad para criticar interpretaciones indeseables o poco persuasivas. Por otro lado, la falsedad de un enunciado interpretativo -aunque existiera- carecería de relevancia jurídica, al menos siempre que el enunciado en cuestión hubiera sido formulado por un órgano competente en última instancia para decidir sobre el sentido de la materia en cuestión (Kelsen y los realistas jurídicos insistieron en ello hasta la saciedad, atrayendo avalanchas de críticas injustas). <sup>(7)</sup> "Decir que una interpretación es 'verdadera' significa hoy (a ojos de cualquiera con una cultura jurídica siquiera modesta) entregarse a un flagrante artificio propagandístico o retórico, o -como suele decirse- a un uso del lenguaje en función abiertamente persuasiva.

4. No obstante, no puede decirse que la tesis de que los enunciados interpretativos tienen valor de verdad carezca de toda plausibilidad (¿por qué no, después de todo?), y es razonable concederle al menos una posibilidad de fundamento. Por supuesto, quien no esté persuadido de ello -y éste es evidentemente mi caso- no puede dejar de hacer recaer sobre quienes la apoyan la carga de establecerla. Una tarea que, sorprendentemente, nadie entre los teóricos de la interpretación ha abordado de forma explícita<sup>9</sup>.

Pues bien, ¿cómo puede fundamentarse la tesis de que los enunciados interpretativos tienen valores de verdad? Si se admite que un enunciado interpretativo es un enunciado que atribuye un significado a un (fragmento de) texto normativo -de la forma "T significa S"<sup>10</sup>-, parece que la única posibilidad de que un enunciado interpretativo tenga un valor de verdad es que tenga un valor de verdad.

<sup>(7)</sup>M. Troper, *La théorie du droit, le droit, l'État*, Paris, PUF, 2001, esp. cap. V.

<sup>(8)</sup>G. Tarello, *Derecho, usos enunciados*, cit., p. 396

<sup>9</sup>La tendencia dominante es dar a entender -pero sólo en contadas ocasiones teorizar *ex pressis verbis*- que los textos jurídicos, salvo en raros casos de ambigüedad, incorporan un significado objetivo (aunque vago) que puede deducirse mediante la simple aplicación de las reglas sintácticas y semánticas de la lengua en que están formulados. No en vano, casi toda la doctrina parece compartir la directriz metodológica "*in claris non fit interpretatio*" (aunque normalmente tienden a colarla como una banal redefinición de "interpretación", de modo que un texto inequívoco no es realmente susceptible de "interpretación", sino de mera "comprensión" intuitiva; como si la llamada interpretación literal o *prima facie* no lo fuera en absoluto...).

interpretación", sino simple "comprensión").

<sup>10</sup>Debe quedar claro, para evitar dudas, que los enunciados de la forma "T significa S" son doblemente ambiguos. Son ambiguas desde el punto de vista pragmático, ya que pueden utilizarse para realizar diferentes actos lingüísticos. Por consiguiente, también son ambiguas desde el punto de vista semántico, ya que tienen o no referencia semántica en función del acto lingüístico realizado. La ambigüedad de tales enunciados puede mostrarse (y, al mismo tiempo, resolverse) reduciéndolos a la forma performativa explícita. En una primera interpretación, (E)

"T significa S" es pragmáticamente equivalente a (E1) "Atribuyo a T el significado S". En una segunda interpretación, (E) "T significa S" es pragmáticamente equivalente a (E2) "atribuyo a T el significado S".

forma de fundamentar la tesis en cuestión es aducir alguna teoría del significado. Es decir, una teoría que, al menos a primera vista, aclare qué *es el* significado.

Si se examina la historia de la cultura jurídica, inmediatamente vienen a la mente dos de esas teorías: no son las únicas, por supuesto, pero sin duda son las más conocidas por el gran público (de juristas, y también de legisladores<sup>11</sup>). Por comodidad, me limitaré a ellas.

(a) Por un lado, tenemos la teoría de que el significado de un texto normativo es aquel, a veces llamado "objetivo", que corresponde al uso común del lenguaje -es decir, las reglas semánticas y sintácticas generalmente aceptadas- en la comunidad lingüística de referencia.

(b) Por otro lado, tenemos la teoría según la cual el significado de un texto normativo es aquel, denominado "subjetivo", que corresponde a la voluntad o intención de la autoridad normativa.

La primera teoría, podría decirse, es dominante en la literatura teórica general, aunque mayoritariamente en estado latente. La segunda parece dominar entre los juristas, obsequiosos -al menos de palabra<sup>12</sup>- con el legislador, especialmente si es democrático, y/o atentos a las ingenuas doctrinas varistas.

5. No dudo de que al menos una de las dos teorías -más aún la primera, sospecho- reconstruye verazmente (una parte, pero sólo una parte) de la práctica interpretativa de la comunidad de hablantes de una determinada lengua en su conversación diaria, en el intercambio de cartas, en la lectura de periódicos y obras literarias, en la escucha de

fue que a T se le atribuyó el significado S'. Pues bien, E1 es un enunciado capaz de realizar un acto peculiar del lenguaje (no reducible a otros, aunque es en todo análogo a la definición estipulativa): el acto lingüístico de atribuir significado. Es un acto de interpretación propiamente dicho: de interpretación "decisiva", como la he llamado en otro lugar, es decir, de interpretación por excelencia. E1, como cualquier otro enunciado por el que se realiza un acto lingüístico distinto de afirmar (o describir), carece de referencia semántica y no puede tener valores de verdad. Podemos decir que E1 es un enunciado interpretativo en sentido propio o estricto. En cambio, E2 es un enunciado apto para realizar un acto lingüístico "constativo". Por tanto, describe un estado de cosas, que constituye su referencia semántica. Por lo tanto, puede decirse que E2 es verdadero o falso. Evidentemente, E2 no es un enunciado interpretativo en el sentido propio, sino un enunciado metalingüístico que se refiere a las interpretaciones (actos lingüísticos de atribución de significado) de otros. Obviamente, en el texto me refiero a enunciados interpretativos en sentido propio.

<sup>11</sup>Me refiero, por supuesto, al apartado 1 del artículo 12 de las disposiciones sobre la ley en preámbulo general. si al código civil aplicable.

<sup>12</sup>Sólo de palabra, en realidad: la aplicación coherente de esta teoría del sentido exigiría recurrir a las obras preparatorias para argumentar la interpretación; pero, como usted sabe, los intérpretes rara vez consultan las obras preparatorias y las utilizan como argumentos a favor de la interpretación elegida.

emisiones de radio, etc. Pero, ¿puede decirse que cualquiera de ellos reconstruye verazmente la práctica interpretativa de los juristas? Es evidente que no.

Los juristas se atienen -según su conveniencia- unas veces al uso común de las palabras, otras a la (supuesta) intención de la autoridad reguladora, y mucho más a menudo a otras cosas -aún más evanescentes-, como la llamada "voluntad objetiva de la ley", el "sistema de derecho", etc., habiendo elaborado a lo largo de los siglos un gran número de instrumentos conceptuales y argumentativos adecuados a tal fin (13). - habiendo elaborado a lo largo de los siglos un gran número de instrumentos conceptuales y argumentativos adecuados a tal fin<sup>13</sup>. En la práctica jurídica, el significado no precede a la interpretación: es, más bien, su resultado<sup>14</sup>.

Esto abre dos posibilidades: podemos considerar las dos teorías mencionadas (y otras que podrían mencionarse) como teorías genuinas, aunque obviamente falsas; o podemos considerarlas doctrinas normativas o ideologías de interpretación. Me inclino por esta última solución.

6. Me temo que, al menos en el ámbito jurídico, ninguna "teoría" del significado puede considerarse seriamente una auténtica teoría, es decir, un discurso analítico y descriptivo sobre la interpretación. Me temo que cualquier "teoría" del significado, si se refiere a textos jurídicos, se resuelve en una doctrina normativa de la interpretación. Es decir, en un discurso que, a pesar de las apariencias, no transmite información sobre la práctica interpretativa, sino que pretende orientarla o se dispone a evaluarla y criticarla.

Es difícil ver qué diferencia puede haber entre, por ejemplo, afirmar que el significado de un texto legal es el que corresponde al uso común del lenguaje y recomendar a los profesionales del Derecho que lo interpreten de acuerdo con el uso común (y no de otro modo, ignorando así alegremente la intención del "legislador", siempre que exista y sea conocible, el "sistema", la "ratio legis", etc.). ¿Qué otro sentido tiene para los juristas la tesis de que el sentido de un texto legal se ajusta a la intención del "legislador", si no es el de instarles a buscar la intención del legislador y atenerse a ella, descartando otros posibles sentidos (si los hay, y suele haberlos)?

<sup>13</sup> Adecuado, es decir, descartar tanto el significado común de las palabras como la intención de la autoridad normativa (en la medida en que sea conocible).

<sup>(14)</sup> O, como dice Tarello, "la norma no precede como dada, sino que sigue como producto, al proceso interpretativo" (G. Tarello, *Derecho, usos enunciados*, cit., p. 395).

7. Sucedió que sostuve que la teoría de la interpretación no necesita una teoría del significado, suscitando asombro y granjeándome críticas de diversa índole. Pues bien, a pesar de todo, me mantengo firme y trato de aclarar el punto.

En el contexto de la teoría de la interpretación (especialmente de la teoría jurídica), para teoría del significado" puede significar dos cosas muy distintas:

(a) una teoría *normativa* -una "doctrina", como prefiero decir- que pretende prescribir (sugerir, recomendar) cómo *debe* atribuirse el significado, ya sea en general o con referencia a algún tipo específico de texto o circunstancia<sup>15</sup>;

(b) una teoría *descriptiva* -o "teoría" propiamente dicha- que pretende describir cómo una comunidad de intérpretes atribuye de *hecho* el significado en determinadas circunstancias y/o con referencia a textos concretos<sup>16</sup>.

Ahora bien, la teoría de la interpretación no necesita ni una doctrina (normativa) ni una teoría (descriptiva) del significado.

8. Una doctrina normativa del significado es irrelevante para la teoría de la interpretación por la razón que ya he mencionado más arriba: orientar y/o evaluar críticamente la actividad *interpretativa* es sin duda una práctica loable, pero no es tarea de la teoría de la interpretación, que, por definición, persigue exclusivamente fines cognitivos.

Una teoría descriptiva del significado, por otra parte, no sirve a la teoría de la interpretación -o, más bien, a la teoría de la inter-

<sup>(15)</sup> Una doctrina de este tipo es claramente formulada por R. Hernández Marín, *Interpretación, subsunción y aplicación del derecho*, cit., según el cual la interpretación correcta es aquella, que él denomina "total", que emplea simultáneamente todos los cánones interpretativos ya teorizados en su tiempo por Savigny. Ideas aparentemente similares se encuentran también en F. Denozza, *La estructura de la interpretación*, cit., p. 57: "El intérprete, lejos de elegir de vez en cuando un determinado método de interpretación en detrimento de otros (quizá en función de los resultados que ya ha decidido alcanzar) utiliza, en cada proceso interpretativo concreto, una multiplicidad de métodos, cada uno de los cuales le proporciona una porción del complejo de informaciones relevantes que debe tener en cuenta" (pero nótese que el discurso de Denozza es un discurso descriptivo).

<sup>(16)</sup> El supuesto problema de la interpretación se descompone y desdobra en (al menos) dos problemas distintos: 1) "¿Cómo, de hecho, en un determinado entorno institucional, emplean los juristas los documentos normativos [...]?", y 2) "¿Qué técnica de emplear documentos normativos *es bueno* emplear, inducir a otros a emplear, propagar y elogiar?". El primer problema es un problema de hecho, y las controversias a las que da lugar su posición se refieren a la existencia, descripción y métodos de comprobación de los "hechos" (entendiendo por "hechos" también, por ejemplo, que determinados criterios de evaluación, o ideologías, o valores son aceptados por algunas personas y/o son operativos en determinados contextos institucionales). El segundo problema es, en cambio, un problema práctico, y las controversias a que da lugar su posición son controversias prácticas, es decir, son controversias sobre opciones: opciones morales, o políticas, o ideológicas, o "prudenciales" (G. Tarello, *Derecho, usos enunciados*, cit., p. 396).

la interpretación no puede *presuponer* ninguna teoría del significado, por una razón muy distinta y algo más sutil. La razón es que la teoría de la interpretación no es en sí misma más que una teoría del significado: la única teoría del significado admisible en el ámbito jurídico.

¿En qué otra cosa puede consistir una teoría puramente descriptiva del significado si no es en la reconstrucción de la práctica interpretativa de alguna comunidad de intérpretes?

En definitiva, la teoría del sentido de los textos jurídicos<sup>17</sup> no puede ser otra cosa que la reconstrucción de la propia práctica de atribución de sentido de los operadores jurídicos (dentro de unas coordenadas espacio-temporales dadas). Por tanto, no es otra cosa que la teoría de la interpretación: simplemente coincide con ella<sup>18</sup>.

Por tanto, es erróneo que la teoría dominante haga suya la directiva me-todológica "in claris non fit interpretatio", convirtiéndola en una redefinición de "interpretación", en virtud de la cual, por definición, no hay interpretación en ausencia de dudas sobre el significado<sup>19</sup>. Esta forma de ver disocia interpretación y significado. Postula que, salvo en casos marginales (textos oscuros o ambiguos), un significado objetivo preexiste a la interpretación. Supone, pues, que el sentido puede darse sin interpretación y que, por lo tanto, la teoría del sentido debe preceder a la teoría de la interpretación.

Al contrario: no hay significado sin interpretación, y no hay teoría del significado sin teoría de la interpretación.

<sup>17</sup>Para no comprometerme, suspendo el juicio sobre el significado de otros textos no jurídicos (pero sospecho que lo mismo puede decirse de cualquier tipo de texto).

<sup>18</sup>Una vez descartada la tesis de que los enunciados interpretativos pertenecen al lenguaje en función de descriptura (y, por tanto, tienen valores de verdad), queda por determinar cuál es su estatuto lógico. La respuesta de Tarello es la siguiente: "Las interpretaciones de los enunciados preceptivos (es decir, los "significados" atribuibles a los enunciados preceptivos, es decir, desde otro punto de vista, las "normas" expresadas por tales enunciados), como segmentos del lenguaje en uso preceptivo, no son (no pueden ser) ni verdaderas ni falsas" (G. Tarello, *Derecho, usos enunciativos*, cit., p. 395). Pero esta forma de ver no persuade. Un enunciado *interpretativo* ("T significa S") es un enunciado metalingüístico que incorpora dos enunciados de la lengua objeto: el enunciado *interpretado* (el texto T) y el enunciado *interpretante* (el significado S). Es evidente que Tarello confunde aquí el enunciado interpretante con el enunciado interpretado. Este último es sin duda una norma. Pero esto no nos dice nada sobre el estatuto lógico del enunciado interpretativo, ya que la norma en cuestión no se pronuncia a través del enunciado interpretativo, sino que sólo se menciona en él. Creo que para resolver este problema debemos abandonar la idea de que las funciones respectivamente descriptiva y prescriptiva del lenguaje son (no sólo mutuamente excluyentes, sino también) conjuntamente exhaustivas. Hay buenas razones para creer que los enunciados interpretativos tienen el carácter "adscriptivos", no muy distintas de las definiciones estipulativas. Esta opinión es criticada por R. Hernández Marín, *Interpretación, subsunción y aplicación del derecho*, cit., pp. 75 y ss., pero lamentablemente su contraargumento se reduce a una petición de principio.

<sup>(19)</sup> Véase, por ejemplo, en la literatura reciente, A. Marmor, *Interpretation and Legal Theory*, Oxford, Clarendon, 1992, esp. p. 23.



